



Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

11



Texto de la Regla

Artículo 11.

Cristo, confiado en el Padre, aun apreciando atenta y amorosamente las realidades creadas, eligió para Sí y para su Madre una vida pobre y humilde; del mismo modo, los Franciscanos seculares han de buscar en el desapego y en el uso, una justa relación con **los bienes terrenos**, simplificando las propias exigencias materiales; sean conscientes, en conformidad con el Evangelio, de ser administradores de los bienes recibidos, en favor de los hijos de Dios.

Así, en el espíritu de las “**Bienaventuranzas**”, esfuércense en purificar el corazón de toda tendencia y deseo de posesión y de dominio, como “peregrinos y forasteros” en el camino hacia la casa del Padre.



Contemplación:

Frente a la lectura de este artículo cabe preguntarse: ¿Qué es la pobreza?

Francisco nos diría, una y otra vez: “¡Es la vida del Hijo del Altísimo!”, vida que él ha descubierto en el Evangelio y ve en el hermano pobre. Pobreza que, unida al anonadamiento y la humildad, nos fue donada en Belén, en el Calvario, en la Eucaristía. Seguir las huellas y la doctrina de Cristo significa, ante todo, abrazar su pobreza. Sentirlo en su corazón y dejarlo hacer...

“De Él procede todo el bien, y nosotros debemos reconocer que todos los bienes son de Él y a Él se los debemos devolver” ¡Qué difícil! Y más aún: “A nosotros no nos pertenecen sino los vicios y pecados” (1R 17, 6-7). Dios Nuestro Señor, Rey Universal, concede los bienes terrenales al hombre, y este hombre, cada uno de nosotros, somos simples guardas de alguna fracción de ellos.

Nada es propio, no sólo los bienes materiales, también los interiores. Renunciar a lo externo es una condición necesaria para la disponibilidad interna. Ser desapropiado es vencer el supremo acto de ambición y de poder: “Ser como Dios” (Gn. 3,5).

Cuando pecamos realizamos una atribución consciente a nosotros mismos de los bienes recibidos de Dios, dentro y fuera de nosotros. Nos dice Francisco: “Dichoso el siervo que restituye todos los bienes al Señor Dios, porque quien se reserva algo para sí, esconde en sí mismo el dinero de su Señor Dios, y lo que creía tener se le quitará.” (Adm. 18,2).

Aún de los bienes sobrenaturales, que son pura gracia de Dios, se puede hacer un uso abusivo, mostrándolos con ligereza, para hallar fama o gloria; o retenerlos egoístaemente. Esconderlos y no compartarlos es alejarnos de Dios.

El verdadero pobre, despojado de todo, hasta de su propia vanidad, sólo es menesteroso de un Bien: el Todo Bien, el Sumo Bien. Es vasija vacía para llenarse de Dios. Y ama, ama... y da, da... y su camino es la humildad, la fraternidad, el servicio.

“Cuando se aman las cosas temporales se pierde el fruto de la caridad”, escribe Clara. No todo es pobreza material. Se trata de tener pobre el corazón y disponible para Dios y los demás. La pobreza franciscana es absoluta: individual y colectiva. En Francisco, antes colectiva: fraternidad pobre, apostólica, mendicante, disponible al servicio de Dios y los hombres. “Peregrinos y forasteros en el mundo”, libres y dispuestos. Esto parece inalcanzable, pero si lo miramos con los ojos del Amor, y fijamos la mirada en Aquel que vino a servir y no a ser servido, como lo hizo “el mínimo y dulce Francisco de Asís”, podremos encarnar la pobreza y llegar a ser, así, mansos y pacíficos. En fin, ser franciscanos como nos deseaba el Pobrecillo: pequeños y siervos de todos. Y cantar con Clara, su Himno a la Pobreza:

“¡Oh, pobreza dichosa, que granjea riquezas eternas a quienes la aman y la abrazan! ¡Oh, pobreza santa, por la cual, a quienes la poseen y desean Dios les promete el reino de los cielos, y sin duda alguna les ofrece la gloria eterna y la vida bienaventurada! ¡Oh piadosa pobreza, a la que se dignó abrazar con predilección el Señor Jesucristo, en cuyo poder estaban y están el cielo y la tierra...! (Cl. 1 C, 3)





Para leer.... una, dos y tres veces...

“Dice el Señor: Amen a sus enemigos, [hagan el bien a los que los odian, y oren por los que los persiguen y calumnian] (Mt 5,44). En efecto, ama de verdad a su enemigo aquel que no se duele de la injuria que le hace, sino que, por amor de Dios, se consume por el pecado del alma de su enemigo. Y muéstrele su amor con obras.” (Adm 9)

“Al siervo de Dios nada debe desagradarle, excepto el pecado. Y de cualquier modo que una persona peque, si por esto el siervo de Dios se turba y se encoleriza, y no por caridad, atesora para sí una culpa (cf. Rom 2,5). El siervo de Dios que no se encoleriza ni se conturba por cosa alguna, vive rectamente sin propio. Y bienaventurado aquel que no retiene nada para sí, devolviendo al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mt 22,21).” (Adm 11)

“Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9). El siervo de Dios no puede conocer cuánta paciencia y humildad tiene en sí, mientras todo le suceda a su satisfacción. Pero cuando venga el tiempo en que aquellos que deberían causarle satisfacción, le hagan lo contrario, cuanta paciencia y humildad tenga entonces, tanta tiene y no más.” (Adm 13)

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5,3). Hay muchos que, perseverando en oraciones y oficios, hacen muchas abstinencias y mortificaciones corporales, pero, por una sola palabra que les parezca injuriosa para sus cuerpos o por alguna cosa que se les quite, escandalizados enseguida se perturban. Estos no son pobres de espíritu, porque quien es de verdad pobre de espíritu, se odia a sí mismo y ama a aquellos que lo golpean en la mejilla.” (Adm 14)

“Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9). Son verdaderamente pacíficos aquellos que, con todo lo que padecen en este siglo, por el amor de nuestro Señor Jesucristo, conservan la paz en el alma y en el cuerpo.” (Adm 15)





ACTIVIDAD:

1. Leelas Admoniciones 9-11-13-14-15
2. Analiza y busca en ellas el sentido de pobreza interior, el desapego íntimo de los bienes inmateriales.
3. Busca relaciones entre ellas y las bien-aventuranzas.

«Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.

Felices los afligidos, porque serán consolados.

Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.

Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios.

Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.

Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí.

Alégrense y regocíjense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo; de la misma manera persiguieron a los profetas que los precedieron.”

(Mt 5, 3-12)

DESDE LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA:

ORÍGENES DE LA POBREZA FRANCISCANA

Algunas circunstancias históricas de la conversión de Francisco marcarán para siempre la «pobreza franciscana». Dios escribe recto sobre renglones torcidos; desde todas sus situaciones, el hombre puede percibir la llamada y la presencia de Dios que le atrae hacia sí por caminos insospechados.

La pobreza franciscana plantea algunos problemas. Es, ciertamente, «evangélica». Pero, ¿quién osaría pretender que la adecuación entre ella y el Evangelio es absoluta? Como en cualquier otra pobreza religiosa, en la franciscana subsisten elementos socio-culturales cuyo origen debe buscarse sólo en las circunstancias de la vida del fundador.

Tres son las fechas que debemos recordar, fechas subrayadas como importantes por el mismo Francisco al final de su vida:

1. «Cuando yo estaba en pecados... el Señor me condujo en medio de los leprosos y practiqué con ellos la misericordia» (Test I).
2. «Poco después salí del siglo» (Test 3).
3. «Y después que el Señor me dio sus instrucciones respecto a los hermanos el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio» (Test 14).

Cuando Francisco frecuenta a los leprosos y a los pobres —primera etapa— es rico y vive como tal. Cuando «se ajusta» al Evangelio —tercera etapa—, vive en pobreza desde hace ya tres años —segunda etapa—.



En el caso de Francisco, por tanto, el Evangelio “se injertó”, en cierto modo, en una pobreza anterior. Le dio forma, la legitimó, pero la modificó muy poco.

¿Cómo y por qué se convirtió Francisco un día de rico en pobre?

La historia nos lo revela: por y a causa de un robo. Uno tras otro, los hagiógrafos intentaron “sacralizar” los hechos; pero en modo alguno pudieron silenciarlos (véase 1 Cel 8 y ss., y los textos paralelos). -

Francisco, pues, una mañana se dirige a caballo a Foligno. En Foligno trafica con piezas de paño fino «tomadas de prestado» en el almacén de su padre y vende su cabalgadura. De regreso a Asís, ofrece al cura de San Damián la suma así obtenida, para la restauración de su capilla. El sacerdote, receloso, la rechaza. ¡Francisco se ve, de golpe, «acorralado»!

Había soñado, sin duda convertirse, como los nobles, en «patrono» de alguna iglesia, haciendo restaurar «a sus expensas» algún edificio dedicado al culto. El mandato del Señor Jesucristo fue: «¡Repara mi iglesia!»! Y Francisco, impulsivo como siempre, sin discutir ni reflexionar más, sacó al punto lo «necesario» de la «caja paterna».

Un «robo doméstico», dirían los moralistas. Con todo, Francisco, en su ingenuidad, no lo juzgó así. ¡Qué más da! Acusado de «robo», ahí está, «acorralado»: acorralado entre un Señor que le impone una orden y un cura que se niega.

¿Puede repararse la Iglesia sin dinero? Francisco comprende rápidamente. Tiene unas manos, las usará: se hará albañil; tiene una lengua, la empleará: mendigará piedras y argamasa, y también su pan, cada día. El cura, de acuerdo, lo toma a su servicio. Ya tenemos a Francisco, convertido en hombre de Iglesia, «salido del siglo».

En ese momento, la pobreza «franciscana» no está aún técnicamente organizada. Está sólo en gestación. Pero reviste ya algunos aspectos que la caracterizarán durante siglos.

1. El dinero, para Francisco, había sido hasta entonces un simple medio como otro cualquiera para ayudar a los pobres. No tenía ningún escrúpulo en manejarlo. Pero bruscamente, le hacen comprender que el dinero que él entrega no es suyo, y que no es más que un «ladrón».

Él choque fue sin duda demasiado brutal. Más brutales todavía fueron sus repercusiones: a partir de ese momento Francisco abomina



y rechaza todo dinero. Hasta tal punto le obsesiona ese horror al dinero que, más tarde, repetirá hasta diez veces en la Regla que hay que rechazar todo dinero, y llamará ladrones y bandidos a los hermanos que recojan o tengan dinero (1 R 8, 7).

2. También fue a su regreso de Foligno (todos los testigos coinciden en este punto) cuando se impusieron a Francisco tres de las más evidentes características de la pobreza “franciscana” de los orígenes: el trabajo manual, la mendicidad y la no—estabilidad.

Estas características, que brotan directamente de la dramática situación en que se había visto envuelto Francisco, buscarán posteriormente una legitimación más o menos válida en el Evangelio (Test 14) y serán introducidas sin modificaciones en la Regla primitiva.

En los últimos días de su vida, Francisco se pondrá todavía a soñar nostálgicamente en ese bendito período en el que, primero sólo y después con sus hermanos, trabajaba con sus manos, pedía limosna de puerta en puerta y se hospedaba en cualquier lugar como forastero y peregrino (Test 20. 22. 24).

Fuente: Cornet, L. (O.F.M.)

POBREZA INTERIOR

Si, como atestiguan claramente las Reglas, Francisco exigía, de quienes pretendían ingresar en la fraternidad, la renuncia absoluta de toda propiedad temporal, alude también a una enajenación ulterior, a una renuncia ciertamente más difícil que en ocasiones tendrían que hacer quienes quisieran ingresar en la Orden. Esto se patentiza en lo que Francisco dijo una vez a sus hermanos: si un hombre culto viene a la Orden, debe renunciar en cierto modo a la ciencia misma, para que, despojado de tal posesión, se ofrezca desnudo en los brazos del Crucificado. Para el santo la ciencia puede ser una forma de riqueza, una garantía de seguridad social; la altísima pobreza exige también esta renuncia.

Pero no se queda aquí; va más lejos. Exige al hermano menor otra expropriatio más sutil: «Ningún ministro o predicador se apropie el ser ministro de los hermanos o el oficio de la predicación; de forma que en cuanto se lo impongan, abandone su oficio sin réplica alguna». Nadie podrá reivindicar un cargo cualquiera de la orden como si le perteneciera por derecho, pues sería arrogarse un derecho de propiedad, lo que va contra la excelencia de la altísima pobreza.

Sobre esta base podrá entenderse el sentido de aquel precepto de la regla no bulada, según el cual los hermanos que trabajan entre seglares, no pueden realizar las funciones de mayordomos, cancilleres o cualquier otro cargo de importancia (1R 7,1), ya que con tales oficios podrían obtener fácilmente una cierta seguridad contraria a la santa pobreza. En esta misma línea nos ha legado el santo una exhortación muy instructiva, titulada: Nadie se apropie la prelación (Adm. 4). Ordena en ella a los que ejercen autoridad sobre otros, que cumplan su oficio con la misma actitud interior que si tuvieran el humilde encargo de lavar los pies de los hermanos. Subrayemos la conclusión: «Y cuanto más se alteren por quitárseles la prelación que el oficio de lavar los pies, tanto más atesoran en sus bolsas para peligro del alma» (Adm. 4,3). En el fondo se trata del mismo concepto: el verdadero pobre es consciente de no poseer derecho alguno. 'l'odo le viene dado, como la limosna al mendigo.

Los ejemplos citados prueban más que suficientemente que la pobreza es para Francisco también forma y actitud del hombre interior; concepto éste que será ampliado por Francisco por medio de variadísimas aplicaciones.

En la undécima Admonición el santo nos habla de aquel que se altera y monta en cólera por el pecado del prójimo. Nos dirá de él en frase gráfica: atesora culpas; mientras que del que no se irrita ni se altera dice que «vive sin nada propio» (Adm. 9,3). Alterarse, perder los estribos supone estimarse uno mejor que el pecador; el que obra de esta manera, dicta, por así decirlo, su propia sentencia en base al «tesoro de virtudes» que cree poseer. Pero quien evita la cólera y la turbación demuestra que tiene conciencia de ser tan pecador y miserable como el prójimo, y que no se hace ilusiones sobre la grandeza de sus virtudes. Este es quien, según San Francisco, sin propio. Se le puede, pues, proclamar bienaventurado «ya que nada se reserva para sí mismo, y, da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». ¿No es aquella una óptima caracterización del fariseo, un típico hombre sin espíritu de pobreza? (...)

En resumen, la pobreza es para Francisco una «forma de vida» que compromete a todo el hombre y todas las esferas de su vida. El ideal de altísima pobreza, tal como fue concebido y llevado a la práctica con una lógica implacable, implica la renuncia a todos los bienes del mundo, es decir, a todo lo que de una manera u otra proporciona al hombre seguridad y cobijo. Como extranjero y peregrino, el verdadero pobre no tiene en este mundo ni morada fija, ni derechos, ni protección alguna, ni propiedad, ni seguridad incluso frente a Dios. Francisco condensará este ideal suyo en una frase breve y profunda: «Nada de vosotros retengáis para vosotros mismos para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega».

Fuente: Esser, K. "Temas Espirituales"

Oración:

Padre, me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea que hagas de mí,
te lo agradezco.
Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí
y en todas tus criaturas.
No deseo nada más, Padre.
Te confío mi vida, te la doy
con todo el amor de que soy capaz.
Porque te amo y necesito darme a tí,
ponerme en tus manos,
sin limitación,
sin medida,
con una confianza infinita,
porque tú eres mi Padre.

(Charles de Foucauld)

